

## **Miguel Dalmaroni (director), *La investigación literaria: problemas iniciales de una práctica***

**Santa Fe, Universidad Nacional de Litoral, 2009, 210 páginas.<sup>1</sup>**

La metodología de la investigación en ciencias sociales ha producido una nutrida bibliografía en los últimos años. No así la investigación en literatura que, con pocas excepciones, ha ocupado sólo un capítulo final o una generosa nota al pie dentro de esos tratados. Sin embargo, el proceso global de especialización y profesionalización de las prácticas universitarias que, con aciertos y desaciertos, se vivió en la mayoría de las disciplinas en las últimas décadas, promovió también la incorporación al sistema científico de un número creciente de docentes y de jóvenes graduados en Letras a quienes interpela, en primer lugar, este libro dirigido por Miguel Dalmaroni. Colaboran en él cinco investigadoras que, desde distintas tradiciones críticas, completan y ejemplifican las disquisiciones de los primeros capítulos firmados por Dalmaroni: Gloria Chicote y Mercedes Rodríguez Temperley (ambas docentes de la Universidad Nacional de La Plata), Ana Lía Gabrieloni (de la Universidad Nacional de Rosario), Rossana Nofal (de la Universidad Nacional de Tucumán) y Analía Gerbaudo (de la Universidad Nacional del Litoral). Todas también investigadoras del CONICET, como el director. Esta doble pertenencia institucional es uno de los méritos del libro, cuya característica más sorprendente es, quizá, su búsqueda de “transparencia institucional y de democratización profesional” (p. 8). Son palabras dichas casi al pasar en el prólogo, pero que, una vez terminada la lectura del libro, adquieren una peculiar densidad. En un ámbito que, durante mucho tiempo, se advirtieron ciertas arbitrariedades o, cuanto menos, ambigüedades en sus procesos de gestión y de evaluación, este libro apuesta a hacer visibles muchas de las estrategias y de las prácticas inherentes a un proceso de investigación que, en los últimos años, apenas si había logrado trascender el murmullo de los iniciados. En el mismo sentido, también hay que resaltar que un libro que interroga las posibilidades de la investigación en la Argentina de hoy reúna colaboraciones de estudiosas que no residen sólo en la zona metropolitana. Esto aporta a la declamada y poco practicada pluridireccionalidad del pensamiento científico y establece un diálogo valioso entre investigadores de distintas regiones, con muy disímiles grados de organización y legitimación de los campos temáticos y retóricos que prevalecen en sus propios lugares de trabajo y, también, con evidentes disimetrías en las condiciones materiales que propician o entorpecen la investigación. Se pone de manifiesto, entonces, que tanto el diseño de la estructura del libro como la elección de sus colaboradoras implican ya una intervención en el campo científico. Quizá también lo sea la opción editora: la Universidad del Litoral carece de los incentivos del mercado global, pero se asienta, en cambio, en una responsabilidad compartida por la mayoría de las editoriales universitarias nacionales, la de difundir el conocimiento local y continuar con la formación de lectores especializados más allá de las míticas restricciones presupuestarias.

“La ‘investigación científica’ o ‘académica’ —dice Dalmaroni en un apartado de la introducción— es una actividad y una profesión social definida por una serie de valores y creencias que hacen a la vez de criterios de evaluación de las prácticas de los investigadores, y de norma al menos formal de convivencia profesional” (p. 13). El apartado se titula “La investigación es una moral” y es tal vez uno de los que más suspicacias puede despertar en una comunidad que, en los últimos años, soportó renovados embates sobre la validación de su cientificidad. Rasgos difusos, medidos, en general, con parámetros ajenos a los criterios y a las prácticas inherentes a las ciencias humanas y que impactaron, en consecuencia, en los dos ámbitos que señala con claridad el autor: la evaluación de los investigadores y la convivencia profesional. Creo que los ecos de ese debate —acallado y pocas veces explícito entre los distintos actores del sistema científico nacional— pueden leerse en varios pasajes y que el libro mismo cumple cabalmente con los requisitos que sustenta:

La investigación científica pretende representar un tipo de conocimiento cuyos procesos de construcción deben estar consensuados o controlados por la comunidad (en principio la comunidad científica de la disciplina y en última instancia la comunidad en general), cuyos resultados deben ser públicos (es decir, en principio accesibles a cualquier *ciudadano del conocimiento*), y sus modos de transmisión (su semiótica) comunicables (esto es, *hablado*)

---

<sup>1</sup> Presentación leída en el VII Congreso Internacional *Orbis Tertius*. La Plata, Pasaje Dardo Rocha, 19 de mayo de 2009.



en un código convenido y enseñable y, por lo tanto, también accesible a todos los que hablen el código). (p. 14)

De hecho, a partir de su publicación, el libro circuló rápidamente entre los investigadores en literatura —la comunidad primera de validación—, y sus postulados ya se están discutiendo públicamente en varios talleres universitarios: con qué criterios se está trabajando, cuáles son los corpus y los modos de lectura, y haciéndolo (*hablándolo*) en el mismo código enseñado y aprendido. Dirían los antropólogos del conocimiento, éste es un libro “situado”. No tiene oscurantismos eruditos ni alusiones a bibliografías exquisitas que nadie pueda conseguir ni prescripciones dogmáticas. En el proceso de lectura (que, como es sabido, es también el de escritura y reescritura) se asiste al proceso de investigación: a los dilemas que presenta la construcción del corpus, a sus tensiones con la base empírica, a la discusión con la aparente futilidad de ciertos requisitos institucionales (sólo aparente porque, como bien se encarga de aclarar el autor, a veces esos requisitos nimios hacen la diferencia entre ganar o perder una beca) y, al mismo tiempo, se asiste también al zigzagueante proceso de construcción de hipótesis o de redacción de objetivos, siempre en tensión con otros modelos y con otras alternativas metodológicas.

El libro no es un manual de prescripciones exitosas. Es, en cambio, un laboratorio experimental y el autor no esquiva las opiniones divergentes sino que, en una actitud que no se lee con frecuencia, las enfrenta y les opone su “moral” (avalada en su práctica). Tampoco elude “los rituales, la etiqueta y los ademanes de mandarines que la pedagogía corporativa se ocupó de inocularnos” (p. 13). Por el contrario, con humor y sano distanciamiento va aludiendo a estos rituales y, en la medida de lo posible, eludiéndolos, en un ejercicio pedagógico que, pone en evidencia, creo, que los destinatarios del libro no son sólo los declarados. Por cierto, podrán aprender mucho los “alumnos avanzados y graduados más o menos recientes” (p. 7), los “directores de futuros becarios y tesistas” y “es posible que también puedan aprovecharlo quienes proyecten investigaciones grupales” (p. 10), tales los tres tipos de destinatarios enumerados en el texto. Creo que tanto o mucho más podemos aprovecharlo todos quienes enfrentamos a diario los problemas de la investigación y en más de una oportunidad nos sentimos desconcertados ante los problemas de la práctica, sin que necesariamente estemos dirigiendo una tesis o aspirando a una beca. Muchos ya lo hicimos con mayor o menor éxito y, sin embargo, seguimos necesitando la reflexión crítica sobre lo que hacemos y el distanciamiento irónico frente a los rituales y a las etiquetas. Si uno de los temores del autor fue “el consabido menosprecio intelectual hacia lo banal” (p. 7), ha sabido sortearlo con holgura.

Lejos de estas preocupaciones, en cambio, ofrece un aporte riguroso para quienes estamos convencidos de aquello que Dalmaroni recuerda con énfasis en varios pasajes: “una investigación sobre literatura, incluso la más estrictamente histórica, no es sólo explicación de un momento del pasado sino que siempre tiene algo de intervención en el presente” (p. 75) y, por ésta, entre otras razones, sigue contando entre sus principales terrenos de desarrollo aquello que en el libro se llama *campo clásico* (p. 66). Es decir, un modo de identificación y construcción de temas-problema (antes que un sumario de temas) y un modo de vinculación de la investigación literaria con las teorías y con los saberes en general (antes que la adopción de una teoría).

Y estos modos de construcción de los objetos de investigación y de vinculación entre lo literario y otros saberes son explorados en cinco perspectivas críticas que abordan otras tantas articulaciones posibles de las prácticas de investigación. Cada uno de estos abordajes mantiene una misma estructura argumentativa que facilita el análisis comparativo y contribuye a la claridad de la exposición: una somera descripción del campo; una reseña de investigaciones consideradas, con la salvedad de cada caso, “ejemplares” y, por último, un detalle de las principales revistas académicas o sitios web más reconocidos en los que se difunden las novedades de cada especialidad. Gloria Chicote analiza las relaciones entre literaturas y culturas populares; Mercedes Rodríguez Temperley, la actualización de los estudios de crítica textual; Ana Lía Gabrieloni, los de la literatura en relación con las artes visuales y Rossana Nofal, los fundamentos del auge de los estudios que revisan la articulación de memoria, literatura y testimonio. En el último apartado, Analía Gerbaudo se dedica a la interrelación entre literatura y enseñanza, una dupla que va más allá de su propia presentación, ya que el título mismo del libro hace evidente que la enseñanza de lo literario, o al menos de una de sus estrategias, la de la investigación literaria, es su eje vertebrador. De particular interés, además, resulta el hecho de que las autoras que abordan este muestreo de campos de investigación que se han renovado en las últimas décadas, sean, al mismo tiempo, algunas de las investigadoras más destacadas o que han producido los trabajos de mayor relieve en cada uno de ellos. Una elección que contribuye a que esos apartados constituyan en sí mismo un riguroso estado de la cuestión que cada lector podrá apreciar, según sus propios intereses y preferencias temáticas y profesionales.

Por último, habría que desconfiar de los alcances del título del libro. No trata sólo los “problemas iniciales de una práctica”. En la página 15 se consignan unas breves entradas bibliográficas como ejemplo del estilo de documentación MLA y en un anexo figuran algunos libros de referencia sobre los procesos de investigación. Las doscientas páginas restantes abordan, en cambio, los problemas que se generan desde el inicio hasta el fin de nuestras prácticas, no sólo los problemas iniciales. Y no los soluciona, pero es un excelente instrumento para la reflexión sobre lo que hacemos, en la medida en que deja en claro que la “política de investigación sobre la literatura no es el tema del libro pero sus elecciones aparecen actuadas en sus páginas” (p. 11).

*Graciela Salto*